

El pescador ambicioso y el pez encantado.
En busca de la justa medida

Leonardo Boff

Traducciones de Óscar Madrigal y Eloísa Braceras

E D I T O R I A L T R O T T A

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
----------------------	---

Parte I

HISTORIAS DE LA PÉRDIDA DE LA JUSTA MEDIDA

1. El pescador ambicioso y el pez encantado	15
2. Las representaciones diversas del deseo	19
3. La condición humana subyacente a la crisis de nuestro mundo	23
4. La justa medida	29
5. ¿Qué es lo que realmente necesitamos?	43
6. Toda virtud tiene su opuesto: el exceso	55

Parte II

EL DRAMA Y LA TRAGEDIA DE LA AUSENCIA DE LA JUSTA MEDIDA

1. Tal como está, el mundo no puede seguir	65
2. Al ataque del sistema capitalista y el neoliberalismo	73
3. La falta de la justa medida promueve una guerra contra la Tierra	84
4. Etapas de la guerra contra Gaia: de la interacción a la des- trucción	92
5. Dos presupuestos: la interdependencia y la corresponsabi- lidad.....	100

Parte III
CÓMO VIVIR LA JUSTA MEDIDA EN LAS DISTINTAS
DIMENSIONES DE LA EXISTENCIA

1. Nos lo quitaron todo, pero olvidaron llevarse las semillas	111
2. Valores y principios: el marco de nuestro camino	121
3. Rescatar los derechos del corazón	128
4. Vivir la justa medida	130
5. Dos supuestos previos a la justa medida	132
6. Aplicar la justa medida en todos los niveles de la vida	135
7. La justa medida en las relaciones sociales	148
8. La justa medida entre religiosidad y espiritualidad	152
9. La justa medida en la naturaleza relacional con todo lo que existe	156

Parte IV
REALIZAR LA JUSTA MEDIDA

1. Posibles realizaciones de la justa medida: personal y regional	165
2. Realización viable de la justa medida en la política	173
3. De la cultura de la dominación a la cultura de la justa medida	182
4. Pasar de la cultura del exceso a la cultura de la justa medida	188

Parte V
EL CAMINO A SEGUIR: SUEÑOS, UTOPIÁS,
CANTOS Y ESPERANZA

1. El sueño de una fraternidad universal: el hijo de la comuna, Francisco de Asís	197
2. El camino de alguien que «viene del fin del mundo»: Francis- co de Roma	204
<i>Conclusión.</i> Una ética y una espiritualidad de la justa medida	217

PRÓLOGO

Dondequiera que miramos, percibimos excesos de toda índole. En el ámbito individual persiste todavía el exceso de poder del hombre sobre la mujer, el exceso de violencia, y hasta el exceso de odio entre las personas y entre las naciones. En el entorno de las sociedades vivimos un exceso de conflictos derivados de la grave injusticia social, de los prejuicios raciales, las orientaciones sexuales y del fundamentalismo de algunas religiones e Iglesias que excluyen a todos aquellos que no comparten sus puntos de vista ni actúan de acuerdo con sus doctrinas. En el mundo económico vemos la excesiva y perversa acumulación de la riqueza en poquísimas manos, y la inhumana pobreza y la miseria de gran parte de la humanidad. Por lo que concierne a la ecología, perduran la desmesurada explotación de los bienes y servicios naturales, y la falta de respeto general a la Madre Tierra, los cuales derivan en acontecimientos extremos: por un lado, grandes olas de calor y, por el otro, temperaturas gélidas; la erosión de la biodiversidad y la aparición de virus —algunos letales—, como el que cubrió el planeta en 2019: el coronavirus.

Estos excesos ilustran la pérdida de la *justa medida* y la *moderación*, condiciones fundamentales para que la vida de la naturaleza y las relaciones humanas personales y sociales tengan el equilibrio mínimo que garantiza la sustentabilidad y el buen vivir.

Tenemos la sensación de que el nivel de degradación del planeta Tierra y la forma en que se relacionan los seres humanos entre sí y unos países con otros, no puede continuar. Desde sus primeras líneas, la Carta de la Tierra, importante documento adoptado en 2003 por la Unesco y que nos habla de los valores y principios necesarios para salvaguardar la Casa Común y la existencia, formula esta grave advertencia:

Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro [...] La elección es nuestra: formar una sociedad global para *cuidar la Tierra* y cuidarnos unos a otros o arriesgarnos a la *destrucción* de nosotros mismos y de la diversidad de la vida.

En sus dos encíclicas ecológicas, *Laudato Si'*. *Sobre el cuidado de la Casa Común* (2015) y *Fratelli tutti. Sobre la fraternidad y la amistad social* (2020), el papa Francisco es aún más radical al afirmar: «Estamos todos en la misma barca [...] Nadie se salva solo... únicamente es posible salvarse juntos» (*Fratelli tutti*, nn. 30.32).

Finalmente, es oportuno recordar las palabras de uno de los últimos grandes naturalistas, el francés Jacques Monod: «Somos capaces de una conducta insensata y demente. A partir de ahora es plausible esperar todo, incluso la aniquilación de la raza humana. Sería un pago justo a nuestras locuras y nuestras crueldades».

Son muchos los factores que concurrieron para dar lugar a la preocupante situación que enfrentan hoy la Tierra, la vida y el futuro de nuestra civilización. El primero corresponde al planeta mismo, sometido al gran proceso universal de la evolución; la Tierra también está desarrollándose y buscando un equilibrio ante el crecimiento de la especie humana y las demandas que esta le plantea en términos de consumo. Otro factor, quizás aún más grave, se debe al ser humano, quien ocupa el 83 % del planeta y lo hace de manera devastadora, por su afán de acumular bienes materiales y desarrollarse sin límites. A este respecto, los principales responsables de las amenazas que pesan sobre la

existencia y el equilibrio de la Tierra son las megacorporaciones articuladas a nivel mundial, que no imponen el cuidado necesario en relación con los alcances y los límites del planeta; por el contrario, mantienen su voracidad, acumulando sin medida y de manera individualista o corporativa, excluyendo a gran parte de la humanidad empobrecida y sufriente. La pérdida de la justa medida, que asegura un futuro esperanzador para todos, no es causada, por lo tanto, por las enormes mayorías de pobres.

Este dramático escenario me recuerda una historia que conocí en Alemania, en las postrimerías de la década de 1960, cuando terminaba mis estudios en la Universidad de Múnich, en Baviera. Esta ciudad se caracteriza por contar con muchos y muy variados teatros. Yo solía asistir a uno de ellos, el Münchener Theater für Kinder (Teatro Infantil de Múnich), en la Augustenstrasse, para perfeccionar mi alemán. Allí se presentaban las famosas historias populares de la tradición germana, reunidas por los hermanos Grimm en su monumental obra *Cuentos de hadas para el hogar y para los niños*.

Fue en aquel teatro infantil en donde presencié la representación de la historia que ahora he titulado *El pescador ambicioso y el pez encantado*. Muy pronto me di cuenta del alcance de esta obra, pues constituye una metáfora de nuestra situación cultural, marcada por la ambición de tener más y más, crecer ilimitadamente, alimentar la codicia sin un sentido de la medida y la moderación, hasta alcanzar expresiones tan absurdas como el pretender ser una especie de dios en la Tierra.

Sentí curiosidad por saber quién había sido el autor de la historia, y di con el nombre de Philipp Otto Runge (1777-1810), quien además fue un pintor muy apreciado en su época. Por desgracia, contrajo tuberculosis y murió joven, con tan solo treinta y tres años. A Runge le atraían los cuentos de hadas populares y participaba en un grupo de conversación cuyos participantes, reunidos por la noche, narraban cuentos populares tradicionales o redactados por ellos mismos. Fue en una de esas veladas donde el pintor presentó la anécdota que recordamos en este libro; el origen del cuento era popular, pero él le dio una forma más literaria bajo este título: «El pescador y su espo-

sa» (*Von dem Fischer un syner Fru*), recuperado más tarde por los hermanos Grimm en su famosa obra.

Alrededor del mundo se han hecho muchas ediciones y versiones distintas de este cuento, algunas largas y detalladas, y otras cortas y sucintas. Mi propia versión es más concentrada, pero respetando siempre su sentido original. Partiendo de esta historia, el presente libro se organiza de la siguiente manera.

La Parte I reúne historias que relatan la pérdida de la justa medida por el deseo humano desenfrenado. Estos relatos invitan a una reflexión sobre la condición humana que subyace a la crisis de nuestro mundo.

En la Parte II nos enfrentamos al drama que encamina a la humanidad hacia su autodestrucción y planteamos la urgencia de cambiar el modo de habitar la Tierra, que se ha vuelto más evidente aún con la pandemia del coronavirus. Y examinamos cómo la falta de la justa medida en el capitalismo promueve una guerra contra la Tierra.

La Parte III explora las distintas dimensiones de la existencia en las que vivir la justa medida. Para esa vivencia es clave la *conviabilidad*, la articulación feliz de esas dimensiones que refuerza el sentido de pertenencia a la única Casa Común desde las diferencias entre personas y culturas.

De realizar la justa medida trata la Parte IV: una realización que empieza consigo mismo, pero que apunta a una «Política» con mayúscula, que significa la búsqueda del bien común atendiendo a los intereses de todos, y al establecimiento de una cultura de la justa medida frente a la cultura del exceso y de la dominación. Se hace ahí la propuesta de una democracia socioecológica.

Por último, la Parte V traza un camino a seguir inspirado por los dos Franciscos: el Poverello de Asís y el papa de Roma, «venido del fin del mundo». Representan el sueño de una fraternidad universal y el cuidado de la Casa Común.

Las cinco partes forman un conjunto, pero al mismo tiempo permiten un acceso relativamente independiente al asunto de la justa medida desde perspectivas complementarias. Se resumen en una ética y una espiritualidad de la justa medida.